



CLAVE MÍNIMA

1947 - 1964

Biblioteca de Autores Caldenses
Tercera Época, Volumen 29
Manizales - Caldas - Colombia

ESQUEMA PROLOGAL

Por Adel López Gómez

No muchas veces puede hallarse tan cabal correspondencia entre la literatura y la vida como en el caso de Maruja Vieira, cuya “Clave Mínima” abre en este volumen la escala múltiple de su voz.

De ahí, sin duda, la convincente fuerza humana de estos poemas en cuya hechura, antes que el artificio formal y los efectos convencionales, se advierte la incidencia vital auténtica. Porque estas cuidadas palabra que forman los versos para integrar las estrofas, interpretan a la mujer –a una mujer determinada, corpórea y cierta– por sobre modas y costumbres, para decir con verdad una emoción de las cosas y los sentimientos que ciertamente no puede confundirse con la simple literatura.

Esto no es más que una anotación circunstancial sobre el arte de Maruja Vieira, cuyo enjuiciamiento no puede ser una cosa simple ni circunscrita, sino todo lo contrario. Aunque la obra de esta mujer exquisita resulta escasa en el volumen, su significación en la lírica de Colombia es muy considerable. No hay en ella nada que no llene una función de belleza o que cumpla la misión interpretativa de un hondo momento. Estos versos no están hechos en estancias de ocio o en vaguedades o en retorcidas entelequias. Se han producido en los días y en las noches de una batalladora vida. Algunos en la soledad y el exilio, con el dolor de la patria infortunada temblando en el corazón. A veces al amor de la lluvia, a la vera de los caminos y los recuerdos. Las imágenes son nítidas y la injerencia vital directa.

No es que Maruja Vieira, como poeta, trasiegue itinerarios diferentes o encarne sentimientos sustancialmente distintos a cualquiera otra mujer. Pero sus motivos: el amor, los lugares, los seres, las nostalgias, el tiempo, la distancia, tienen, como materia prima del verso, un significado más trascendental y verídico, menos literario y más estremecidamente femenino y humano.

Resultante de esa noción dual –estrechamente fundida– de la literatura y la vida, es esta cualidad protuberante de sus versos: la ternura. Una ternura simple, desnuda, estremecida, que ilumina el verso, llena la estrofa, envuelve el poema como una atmósfera íntima y dulce. De ella, de su calidad entrañable, procede esa otra virtud jerárquica de su canción: la diafanidad, la limpia esbeltez de las imágenes. Una como sencilla gracia espiritual que imparte nobleza singular a los seres, a los lugares y a las cosas. Una noción del color y de las perspectivas temporales que permite marchar a lo largo de su inefable lectura por entre un mundo verdadero y confidencial, sin el cansancio de la interpretación abstrusa y, no obstante, libre también de lo obvio y manido. Porque esos semblantes y estas sombras por virtud de su autenticidad maravillosa, cobran una dimensión nueva y sorprendente. Oídla:

“Era blanca mi casa, con ardientes geranios
que cifraban la luz en las altas ventanas”

.....
"Distante del tiempo, caminan
en la torre los viejos cuadrantes.

Las dos manos esculpen y tallan
la emoción, el recuerdo, el paisaje"

.....
"Y siempre estoy aquí, esperando tus manos,
llenándome de sueños como de luz un árbol".

Me agradecería poder recordar ahora, en el momento en que escribo estas palabras prologales, el texto exacto de un cierto poema de Maruja Vieira a la lluvia. Sólo tengo la noción trascendental de que es muy bello. Y este olvidar los vocablos, su ordenación, su rima, sirve bien a esta conciencia que tengo del valor intrínseco de Maruja como gran poeta. Porque a mi ver es evidente que una emoción estética capaz de mantenerse y sobrevivir por sobre la simple laguna de la memoria, es ya cosa extraordinaria.

A mí me bastará siempre como regalo de belleza, el poder decirme a mí mismo, alguna vez, desde la ventana cerrada más acá de la tarde afligida: Una lluvia exactamente como esta debió meterse en el corazón y en la mente de Maruja Vieira el día en que escribió esos versos hermosos que he olvidado...

Manizales, mayo de 1965.

INDICE

CLAVE MÍNIMA
CANCIÓN DE PUERTO CABELLO
BORIS, EL INMIGRANTE
DULCE AMIGA LEJANA
LA NUBE DE CENIZA
NIEBLA
PARA TI NO HAY PALABRAS
DOS POEMAS BREVES
DIME
LA VOZ DE SIEMPRE
ANA MERCEDES Y LOS LIBROS
BREVE POEMA DEL ENCUENTRO
TODAVÍA
EL NOMBRE DE ANTES
EDUARDO COTE LAMUS

CLAVE MÍNIMA

Déjame tu recuerdo,
el de esta hora.
No importa que te vayas.
Déjame este recuerdo
de la última hora del alba.

Estaba azul el monte
esa mañana
azul. Eras hermoso
y yo te amaba.

CANCIÓN DE PUERTO CABELLO

La amargura
se quedó en los corales del fondo,
se quedó en la isla blanca.

En la escama del pez fugitivo,
en la estrella que ardía en la rada.

El recuerdo pasó, como el nombre
de un barco.

BORIS, EL INMIGRANTE

Yo no te conocí, Boris Dobrowsky,
pero ayer me dijeron entre lágrimas
que eras tierno y amable, que traías
desde tu campesina Yugoslavia
una manera dulce de ser bueno,
de amar las cosas, de encontrar el alma
de los colores y del sol, del viento,
de las flores y el agua.

Del agua verde, donde estás ahora,
viendo pasar tu eternidad de algas,
soñando acaso con el manto rojo
con que el otoño vestirá los campos
en tu tierra de robles y canciones,
de pastores y lanzas.

Yo no te conocí, Boris Dobrowski,
y te recuerdo cuando el mar me habla.
Dice que estás allí, con tu destierro
convertido en orillas y en distancia
y que tu corazón de niño alegre
juega ya eternamente con los barcos.

DULCE AMIGA LEJANA

A Ruth Cepeda Vargas

Me dices que me aguarda tu clara ciudad lenta,
que me aguardan sus calles, su río, sus violetas.

Dulce amiga lejana, gracias por tus palabras,
por tu risa callada, por tus manos fraternas.

Gracias por tu recuerdo, que me acompaña, tímido,
silencioso y seguro como el alma del agua.

Por decirme, en mis horas de amarguras inútiles,
que el dintel luminoso de tu puerta me aguarda.

Volveré. Tú lo sabes. No es posible apartarse
por más tiempo del ámbito de las cosas amadas.
Vivo en nieblas de asombro, sin saber el camino,
roto el sueño de enero por la luz implacable.

Volveré y hablaremos como siempre en las tardes,
en el parque de lirios amarillos. La estatua
tenderá inmensamente su mirada de piedra
sobre un mar apacible de cenizas doradas.

LA NUBE DE CENIZA

Más allá de esta nube de ceniza
el hombre espera.

Espera que la sombra le devuelva
su herencia de esperanza,
su antiguo mapa transparente.

El hombre quiere un poco de silencio
para que el hijo diga su primera palabra.

Esa palabra
que nunca es "guerra",
que nunca es "muerte".

NIEBLA

Te podría decir
las palabras de siempre:
"Pienso en ti".."Te recuerdo.."
te podría decir
que te quiero.

¡No sabrías jamás lo que pesa
esta niebla!

PARA TI NO HAY PALABRAS

Para ti no hay palabras.
Hay sólo mudas páginas en blanco
y este lento caer de las manos inútiles,
que olvidaron y hallaron
letras, sueños y árboles.

Hubo palabras antes,
cuando el mar,
cuando el grito luminoso
de los últimos faros.

Para ti
sólo hay tiempo,
no hay palabras
y el tiempo es infinito
ahora que te amo.

DOS POEMAS BREVES

(Aniversario)

Febrero diecisiete.
Las doce.
Muchos años...

A esta hora
volvimos a una casa
definitivamente solitaria.

(El Niño)

Tiene tu rostro y tu mirada.
¿Vuelves en él, padre?
Dale también tu corazón
claro.

DIME

¿Dónde
está mi alegría?
Quién me la fue quitando
y para dónde
se la llevó esta nube de silencio,
de fuego y de ceniza?

¿Cuándo?
No sé cuando. Algún día,
un día cualquiera
volverá. Pero dime:
¿Volverá a ser la misma?

LA VOZ DE SIEMPRE

Rota la última amarra
tienen ya diferente color
-de mar- las lágrimas.

Ya no es mía la tierra fértil, alta de espigas.
El surco del arado se borra entre la arena.
Me cerca un viento árido, donde ha muerto el sonido.

El polvo está elevando sus campanarios mudos.

Tengo la voz de siempre, con tu nombre en raíces
de árbol talado y seco.

ANA MERCEDES Y LOS LIBROS

Un libro y otro libro
ruedan por las alfombras.
Tus pequeñas manos
destruyen el orden.
dejan vacíos los anaqueles
y los libros
caen rodando por el suelo.

¡A nadie menos
que a Francois Mauriac
tienes ahora prisionero!
Dante Alighieri mira desde un rincón
y pierde algo de su adusto ceño.

Estás envuelta en un río de letras,
en un océano de páginas,
en un torbellino de poemas
Mariposas azules vuelan...
Ángeles y demonios de Doré
te rodean.

Y tú ríes. Tu risa
es una campanita de oro
que anuncia la poesía,
¡toda la poesía de la tierra!

BREVE POEMA DEL ENCUENTRO

Me detengo a la orilla de la tarde
y busco las palabras olvidadas,
los antiguos colores de la tierra,
la huella luminosa de los árboles.

Estás aquí. Sonríes a mi lado
bajo la rama azul que se deshace
en un pequeño cielo caminante.
Otra rama – de oro- está en mi mano.

Hablo contigo como siempre. Cálidas,
amorosas, las sílabas desgranán
un lento manantial de agua tranquila
sobre el silencio de la piedra blanca.

TODAVÍA

Todavía
la frágil quemadura de una lágrima
borra la luz del árbol.

Todavía
cerca del corazón se detiene la vida
cuando te nombra alguien.

Todavía
rueda el mundo al vacío,
desprendido y errante.

Todavía no encuentro las palabras
para decir la ausencia de tus manos.

Todavía te amo.

EL NOMBRE DE ANTES

No es fácil escribir
el nombre de antes.

Es como volver a un traje antiguo,
a unas flores, un libro,
un espejo amarillo por los años.

Con aquel otro nombre
era como tener entre las manos
toda la luz del aire.

Ahora vuelvo
a mi nombre de antes,
mi nombre de ceniza,
el que anduvo conmigo
por el tiempo y por las soledades.

Ahora estoy frente a mí, frente a mi nombre,
con la fría y terrible sensación de regreso
que conocen los náufragos.

Pero escucho una risa y unos pequeños pasos.

Todo no se ha perdido.
aquí estoy otra vez, frente a la vida
con mi nombre de antes.

EDUARDO COTE LAMUS

A Alicia Baraibar

Acabo de saber
cómo fue aquel camino de tu entierro.
Te llevaban, Eduardo, por los riscos,
por los ásperos montes que llaman Santander.

De todas las pequeñas aldeas silenciosas
venía gente a caballo.
Lloraban unos, otros sacaron sus guitarras
y te cantaron coplas
que se mezclaban con las lágrimas.

Llevaron a los niños
-tus ahijados-
para que te miraran, para que vieran
cómo la muerte se convierte en árbol.

Fueron veintiocho entierros
en los veintiocho pueblos con campanas.

Ahora quedan tus hijos
bajo el cielo de plomo azul de Cúcuta,
sobre la tierra dulce y dura
de la frontera de la patria.

Tus hijos y tus versos
en las manos del tiempo.

Una mujer levanta su frente sobre el llanto,
camina hacia el futuro
con ellos, con nosotros, para siempre.